

IDENTIDADES NACIONALES Y REGIONALES UNA PROPUESTA DE DISCUSIÓN*

Pablo Ospina**

JUSTIFICACIÓN

Vivimos tiempos de desaliento. Por todas partes las señas de la identidad ecuatoriana parecen cuestionadas. Peor, los más escandalosos rasgos nos caracterizan. Editorial tras editorial, comentario tras comentario, noticia tras noticia, el "carácter" ecuatoriano parece diseñado con las más terribles enfermedades. Dos libros tal vez expresan mejor que otros este tiempo de lamentaciones: *Ecuador, señas particulares*, de Jorge Enrique Adoum, y *Longos*, de Alexei Páez y otros. Bajo la forma de "ensayos" ambos dicen retratar las características de los ecuatorianos. Ambos son una larga lista de males, de rasgos despreciables dolorosamente inscritos en nuestra sicología social. Hay algo deforme y triste en nuestras señas propias. Ambos están informados del mismo sentimiento, pero no carecen de rasgos particulares. Lo que en *señas...* es una indignación "santa"; en *Longos* es una caricatura grotesca. Mientras en los años setenta y ochenta los analistas clamaban por su ausencia, en los noventa, la identidad nacional se convirtió en un monstruo desfigurado.

Recordemos brevemente el debate original, un debate que se extendió por toda América Latina en los setenta, pero que tenía ilustres predecesores en la primera mitad del siglo. La "nación" en América Latina, se decía, es una obra inconclusa. Un experimento inacabado, tal vez un niño prematuro. Se

* Nota aclaratoria: Este documento es una propuesta discutida por el Directorio de la Asociación de Historiadores del Ecuador. Consta de dos secciones: la "justificación" y la propuesta de "campana" de discusión y debate. Las opiniones vertidas en la primera sección no constituyen una toma de posición intelectual o ideológica de parte de la Asociación. Son, simplemente, formas de introducir el debate. La segunda sección resume la propuesta operativa diseñada por el directorio. Octubre del 2000.

** Historiador, miembro de la ADHIEC.

anotaba una diferencia de fondo entre la formación de naciones en Europa y la formación de naciones en América. Mientras en el viejo mundo, se concluyó, a la formación de las naciones había precedido la formación de los estados, en América las cosas habían sucedido al revés. Los estados surgieron primero y se dieron a la tarea de forjar naciones, donde solo había recortes administrativos coloniales. Pero las fuerzas invisibles de la estructura social y económica no habían logrado soldar todavía el lazo entre territorios y mentes humanas. No aparecieron los mercados internos, las redes de comunicación, los flujos de ideas, cosas, brazos y cerebros. El tejido social no llegó a coincidir con la estructura política. Según la lectura de aquellos años, las naciones habrían sido también un proyecto inacabado de unas elites locales demasiado pendientes de ultramar. Demasiado ajenas al territorio y su gente, demasiado marcadas por su origen étnico, su lenguaje y sus costumbres. Con la cabeza demasiado cerca de París, como para tener los pies suficientemente cerca de América. La nación en América era, en síntesis, un fracaso de sus elites y de las estructuras sociales y económicas que crearon. El fracaso tenía un pecado original: fue un proyecto demasiado temprano para un continente históricamente retrasado.

A fines de los ochenta, dos estudios sobre la nación y el nacionalismo cambiaron el panorama. Eric Hobsbawn (*Naciones y Nacionalismo de 1780 a nuestros días*) y Benedict Anderson (*Comunidades Imaginadas*) plantearon que las naciones europeas (pero en realidad todas las naciones) son creaciones recientes. Supusieron también otro rol de los estados. Los estados nacionales modernos no eran la emanación política de una nación social que les preexistiera. Eran, literalmente, los creadores de las naciones. América Latina tenía entre manos un proyecto contemporáneo de los proyectos europeos. La construcción del sentimiento de nacionalidad era una tarea emprendida con conciencia y con vigor por los estados nacientes. La nacionalidad se definía por la independencia, por la posibilidad de dirigir su propio destino, por el derecho a manejarse con sus propias autoridades en un territorio propio. Muchos pueblos reclamaron, en la misma época y a lo largo de los siguientes dos siglos, el derecho a ser naciones. Para serlo requerían un Estado.

En América Latina los estados nacionales surgieron de recortes administrativos coloniales. Algo que también ocurrió en África y en Asia. Estos recortes marcaron de arbitrariedad étnica, lingüística e histórica, no solo los territorios sino las pertenencias nacionales de las personas. Forjar la "nacionalidad" suponía, entonces, una doble lucha. Por un lado convertir las divisiones administrativas en territorios afectivos, en espacios poblados de sentimientos, en lugares que significaran algo para quienes nacieron y vivieron en ellas. Sabemos perfectamente que los recortes administrativos no suponen, necesariamente, la formación de identidades. Pensemos por ejemplo en la

provincia de Pichincha. Dificilmente puede considerarse a esta división administrativa del país como el origen de algún sentimiento de pertenencia entre sus habitantes. Otros recortes sí lo lograron: Loja, por ejemplo. Las diferencias entre esos dos ejemplos debería motivarnos a una seria reflexión. Pero forjar la "nacionalidad" suponía también una segunda lucha: inculcar un sentimiento común entre grupos de lenguas, orígenes étnicos, religiones, costumbres y situación social muy distinta. Significaba inculcar una nueva noción entre quienes vivían en las fronteras difusas con otros estados empeñados también en inculcar la propia. Solo el Estado podía cumplir con semejante tarea prodigiosa. Allí donde por razones históricas que deben ser analizadas en cada caso, los estados latinoamericanos fueron fuertes; es decir, donde fueron capaces de controlar una buena parte de la vida social, las naciones y los sentimientos nacionales se enraizaron. Donde los estados fueron débiles, las naciones lo fueron también.

Ese Estado débil, agazapado en las pequeñas y egoístas elites locales, predominó durante todo el siglo XIX y gran parte del siglo XX. Pero de pronto, todo pareció cambiar repentinamente. Aún no hemos llegado a penetrar la profunda importancia de los años setenta del siglo XX en la historia del Ecuador. Ninguna fecha inicia el principio de los tiempos. Hay antecedentes, lazos y continuidades. Pero los años setenta son unánimemente considerados los años de la "modernización" del país. Son, sobre todo, para los fines que nos interesa, el origen histórico de la crisis de desaliento de nuestra nacionalidad. Hasta entonces vivimos, con mayor o con menor profundidad, en un "estado oligárquico". Los años setenta le dieron al Estado ecuatoriano esa independencia relativa tantas veces soñada. Aparecieron las débiles "clases medias" que podían manejarlo y que sustentaron los proyectos modernizadores y democráticos en todas partes del mundo. Le dieron también al Estado una nueva forma democrática, en la que se liberó la última traba a la libre participación ciudadana en las elecciones: el voto a los analfabetos. Desde entonces una nueva elite política comenzó a hacer carrera y se consolidó. Aparecieron estrategias de desarrollo, instituciones independientes de control y fiscalización. El más largo período constitucional de la historia abrió el paso a una nueva aspiración: a la posibilidad de que la nación se expresara directamente en el Estado. El proyecto modernizador era también un proyecto democrático.

La legislación ecuatoriana actual es probablemente una de las legislaciones más liberales del mundo. Su sistema político actual es tal vez uno de los más transparentes y equitativos de su historia. La nueva Constitución de 1998 llega incluso a consignar derechos largamente acariciados en otras regiones del mundo: la revocatoria del mandato de los electos, las consultas populares por iniciativa ciudadana, los principios de la descentralización, el reconocimiento de las autonomías étnicas, el control independiente sobre los

derechos humanos y la corrupción. No se puede negar que la modernización democrática está incrustada en las instituciones y en las leyes. Existen, evidentemente, rezagos autoritarios (por ejemplo el presidencialismo a ultranza pregonado para lograr la "gobernabilidad"). Pero pocas constituciones latinoamericanas (e incluso mundiales) pueden vanagloriarse de tantas conquistas democráticas.

Y sin embargo, los males nacionales se repiten, uno tras otro, como si fueran clonados, sobreviviendo a todos los cambios legales. Ante el gigantesco esfuerzo modernizador y democrático, un sentimiento de frustración predomina. ¿Qué es lo que está mal? Una respuesta tétrica empezó a perfilarse y sustenta el desaliento: no son las instituciones sino nosotros mismos.

Este desaliento se alimenta de la idea de que algo no cuadra en nosotros, en nuestra alma. Elegimos mal, aceptamos las peores mentiras como si fueran ofertas legítimas y nos encanta votar por nuestros verdugos. Esta idea se refleja en la frase varias veces repetida: "los pueblos tienen los gobernantes que se merecen". Habría algún furor masoquista que nos arrastra y nos vence. En realidad seríamos ignorantes o estúpidos. Peor. Bendecidos por riquezas envidiables enterradas en nuestro suelo y en nuestros mares; seríamos incapaces de aprovecharlas sanamente. Llegamos por la vía del fracaso del proyecto modernizador y democrático,¹ a encontrar respuestas a estas preguntas angustiadas en nuestra propia "idiosincrasia". En nuestra forma de ser. En las explicaciones psicológicas. El problema estaría en nuestra identidad. Ya no podríamos echarle la culpa a unas elites que controlan el poder del Estado y que lo doblegan con toda facilidad para sus fines; o a unas estructuras impalpables y omnipresentes. La frustración por nuestra identidad provendría en parte del predominio del sentimiento de que ahora seríamos nosotros los que escogemos una parte de nuestro futuro y nos mostramos incapaces de manejar las herramientas que conquistamos.

UNA PROPUESTA DE DEBATE NACIONAL

Muchos signos de la coyuntura actual cuestionan las señas maltrechas de nuestra identidad nacional y nos llenan de dudas, temores e incertidumbres. La fuerza irresistible de la globalización y sus amenazas aceptadas o silenciadas a los estados, la independencia y las identidades nacionales. El Acuerdo de Paz con el Perú, que nos convoca y que nos alegra, pero que al

1. Paso por alto muchos otros elementos de esta crisis, que podrán ser analizados en un documento más completo, como la crisis económica internacional, la globalización, la crisis del socialismo, etc.

mismo tiempo socava uno de los viejos factores que alimentaron la construcción nacional durante este siglo. La fuerza del reclamo autonómico y de la demanda étnica, que aspiran a transformar de raíz la endeble estructura del Estado.

La mayoría de la población pide y reclama autonomías regionales, nuevos términos para un verdadero pacto de convivencia étnica, nuevos valores para una vecindad renovada con el Perú, nuevas formas de aprovechar las ventajas de la globalización sin sufrir sus miserias. Pero esos cambios, incluso necesarios o deseados, no dejan de arrojar incertidumbres sobre los cambios sobre los que construiremos un Ecuador diferente.

¿Hacia dónde vamos? ¿con qué principios y valores sustuiremos los viejos dogmas que dejamos atrás?

Sabemos que en todas partes las identidades nacionales coexisten con muchos otros vectores de identidad. Identidades regionales, étnicas, religiosas, sociales, locales. Son pertenencias que no se excluyen mutuamente. Pero pueden excluirse. Siempre depende de las historias particulares y de las provenientes de cada caso. Es precisamente en medio del caos del Estado y de la derivadas de la autoestima nacional, en donde todos estos procesos generan dudas y temores. ¿Sobreviviremos al naufragio?²

La perspectiva histórica es necesaria para abordar este problema desde algo más que tomas de posición simples y redondas. Y los historiadores no hemos estado lo suficientemente cerca de estas urgencias nacionales. La Asociación de Historiadores del Ecuador (ADHIEC), en nombre de la cual estoy hablando en este foro, no ha definido ni definirá una posición institucional respecto a los temas esbozados en esta charla. Más bien quiere convocar a los historiadores ecuatorianos a una *campaña de debate nacional* sobre los problemas de la identidad ecuatoriana. Quiere crear espacios de debate donde se pueda notar que la dimensión histórica y el análisis histórico pueden aportar perspectivas útiles para abordar estos complejos dilemas actuales. Intervenir en la coyuntura presente es una vieja práctica de los mejores historiadores.

Sabemos que es necesaria una profunda reflexión desde todas las disciplinas sociales y desde todos los horizontes ideológicos. Por eso el Direc-

2. Pensemos por ejemplo en las autonomías regionales. Nunca antes en el pasado político del siglo XX la polarización política entre la Sierra y la Costa había sido tan fuerte. El fenómeno político más importante del siglo XX, José María Velasco Ibarra, casi no necesita referencias al recorte regional para ser entendido. En fechas tan recientes como 1978, Jaime Roldós, líder del costeño CFP, fue elegido por una abrumadora mayoría de serranos. Todavía Rodrigo Borja en 1984 y 1988 podía jactarse de tener un partido nacional. En el presente período democrático se han ahondado las diferencias de representación política regional hasta límites nunca antes conocidos al menos desde la modernización de los años veinte.

torio de la Asociación de Historiadores del Ecuador quiere proponer *alianzas para la promoción de este debate a muchos actores relevantes*: las universidades, los municipios, los consejos provinciales, los medios de comunicación, los partidos políticos o el Congreso Nacional. Inicialmente sugerimos organizar la discusión sobre las identidades nacionales alrededor de tres ejes:

1. La transformación del Estado, las autonomías y la descentralización.
2. La demanda étnica y su cuestionamiento a la formación nacional.
3. La nueva realidad territorial ecuatoriana y la nueva relación con el Perú.

Hemos visto una oportunidad magnífica en este IX Encuentro de Realidad Económica y Social, para lanzar la idea, hacer una invitación a los colegas del país y reunir voluntades para hacerla prosperar. Para materializarla en eventos, encuentros, concursos, publicaciones, queremos abrirnos a la iniciativa de los historiadores y de los actores e instituciones interesadas. Sobre todo es indispensable un compromiso ético y una voluntad colectiva. La política es, finalmente, el intento de construir una voluntad para dirigir conscientemente el rumbo de la vida. Por eso la reflexión académica es siempre una reflexión política, porque también quiere hacernos conscientes del sitio en el que vivimos y del lugar que estamos construyendo. Los invitamos a debatir hoy sobre este tema para contribuir modestamente a encontrar una salida a la crisis nacional que enfrentamos.